

## EL CHILE DEL CENTENARIO, LOS ENSAYISTAS DE LA CRISIS

*Cristián Gazmuri*

Durante los primeros años del siglo XX, aparecieron en los ambientes políticos y culturales de Chile numerosas figuras que denunciaron el hecho de que el país vivía problemas de fondo. Contrastó su opinión con la gran autocomplacencia con la que se celebró el Centenario, no de la Independencia, es verdad, puesto que fue en 1818, pero sí de la Primera Junta de Gobierno. En medio de las fiestas y la parafernalia existían estas aves de mal agüero. No fueron muy conocidas en su época y se les ha venido a rescatar más tarde

Ciertamente la existencia de estas personas o minorías críticas frente a su realidad presente no constituye un hecho extraordinario. La historia mundial y la chilena nos señalan que siempre han existido personas o grupos que han cuestionado profundamente las estructuras sociales y políticas del momento, sea este de estabilidad o no.

Más aún, en términos puramente teóricos se puede afirmar que la crítica integral y esencial forma parte necesaria de la vida política, y es el resultado espontáneo del nacimiento de nuevas realidades sociales, nuevos grupos de opinión y asociaciones políticas, las que, naturalmente, tienden a promover el rechazo de ese *status*, frente al que representan la novedad y el cambio.

¿Qué hay, pues, de notable que un grupo de chilenos haya asumido esta actitud, entre 1900 y 1920, más o menos?

Lo notable está en que se trató de figuras desperdigadas en todo el abanico ideológico y en que la crítica misma no era (salvo excepciones) fruto de un compromiso político o doctrinario claro, sino, principalmente, el resultado de una actitud emotiva de los autores frente a su observación de la realidad chilena. Fueron individualidades que manifestaron la existencia de una crisis latente, la que no fue percibida por el grueso de la opinión pública del país, pero que existía, como quedó demostrado cuando la crisis se actualizó en los años 1924 y 1925.

Es así que, mirando este fenómeno con la perspectiva que dan los años transcurridos desde ese entonces, llaman la atención varios aspectos del mismo.

El primero es la aparente falta de vínculos, de cualquier tipo, entre estos *testigos de la crisis*. No se trata tan sólo de que muchos de ellos no se conocieran entre sí; tampoco existían entre ellos (al menos entre todos ellos) vínculos claros de clase, de ideología, de tradición, de visualización de un proyecto nacional compartido. El común denominador que los unía era, frecuentemente, sólo la denuncia de la crisis.

¿A quienes nos referimos? A Enrique Mac Iver, Emilio Rodríguez Mendoza, Alberto Edwards, Nicolás Palacios, Tancredo Pinochet, Alejandro Venegas, Francisco Antonio Encina, Luis Emilio Recabarren, Agustín Ross y Guillermo Subercaseaux.

Palacios, Venegas y el suicida Recabarren, eran seres solitarios y, a veces, algo (o más de algo) desequilibrados. Algunos, en particular Recabarren, pero también Venegas, fueron perseguidos por la oligarquía gobernante; sin embargo, su singular visión de Chile no fue producto de su calidad de perseguidos; en verdad fueron perseguidos como consecuencia de esta. En el caso de Palacios, parece muy probable que padeciera de una enfermedad mental, depresión o algún tipo de neurosis o quizá psicosis. Recabarren era presa de depresiones cíclicas y Alejandro Venegas posiblemente sufría de complejos, era tímido y retraído. Lo imaginamos, solitario en sus largos viajes por Chile y América. Quizá su época más feliz, o al menos la más tranquila, fue cuando era almacenero en Maipú, oficio que desempeñó hasta su muerte.

En cambio Edwards, consciente de que era muy inteligente, era un pavo real, dictaba cátedra sobre todo, supiera o no supiera; amante de los caracteres autoritarios, varios analistas lo consideran un fascista o un cuasi fascista<sup>1</sup>. De hecho, ministro y defensor hasta al final del dictador Ibáñez. Fue una figura exuberante, pero no simpática. Subercaseaux y Ross eran oligarcas honestos y equilibrados; notables en medio de una casta que se caracterizaba entonces por su frivolidad, incapacidad y falta de sentido de la autocrítica y del deber. Pueden haber estado equivocados en sus ideas, pero no se puede poner en duda su buena intención.

En fin, Emilio Rodríguez Mendoza era un torbellino quien, con gran inteligencia, escribió sobre cuanto tema se le ocurrió. No ha tenido la relevancia en la Historia de Chile de un Edwards, un Encina. Pero fue de los primeros en denunciar la decadencia nacional durante la República Parlamentaria y lo hizo con gran agudeza.

El artículo de Tancredo Pinochet, *Inquilinos en el fundo de su Excelencia*, es una de las cosas buenas que se han escrito en Chile. Crudo en sus descripciones, nada tiene que ver con el Chile pastoril que algunos escritores y mucha música describieron como la etapa previa a la reforma agraria.

Tampoco existe entre estas figuras un pensamiento concordante respecto a la naturaleza de la crisis que denuncian. Para algunos era una crisis de decadencia (Mac Iver,

---

<sup>1</sup> Cfr.: Renato Cristi: El pensamiento conservador de Alberto Edwards, en, Cristi y Ruiz: *El pensamiento conservador en Chile*, Ed. Universitaria Stgo., 1992, p. 47. Las opiniones de Cristi, tomadas de otros analistas en su mayoría, pueden ser exageradas. Pero no existe duda de que Edwards admiraba los gobiernos unipersonales y autoritarios de la época cuando escribió *La fronda...*, después sería ministro del dictador Ibáñez. De allí al fascismo hay un paso.

Alberto Edwards) para otros una crisis social y de desarrollo (Recabarren, Alejandro Venegas). Algunos pensaban que el centro del problema radicaba en algún elemento de la sociedad o cultura chilena, por ejemplo: la raza (Palacios, Encina). Otros enfatizaron la esterilidad del estilo y la problemática política (Guillermo Subercaseaux); las tendencias de la educación (Pinochet, Venegas, Encina) o los problemas económicos monetarios (Ross, Subercaseaux, etc.).

Sin embargo, casi todos otorgan gran importancia a un elemento: la relajación moral de la clase alta chilena de la época; y este punto podría ser aquel en que existe mayor consenso entre los autores a que nos referimos.

Pero en lo que aparece una verdadera comunión entre estos testigos de la crisis es en la sinceridad, el dolor y la preocupación con que abordan el tema. Les dolía la realidad que contemplaban; querían la regeneración de Chile, aun cuando las fórmulas que planteaban para lograrla (cuando planteaban alguna) fuesen vagas y, por lo general, diferentes y aun contradictorias.

Este dolor por Chile no siempre refleja una actitud nacionalista en el sentido que se entiende la palabra en el presente. Nacionalistas fueron Tancredo Pinochet, Palacios, Encina, Guillermo Subercaseaux. Pero Alejandro Venegas y Luis Emilio Recabarren fueron, dentro de este criterio, claramente antinacionalistas.

Algunos de los autores a que nos referimos tuvieron actuación política connotada: Alberto Edwards, Enrique Mac-Iver, Luis Emilio Recabarren, Guillermo Subercaseaux. Otros, fueron figuras relativamente oscuras, casi desconocidas en la época, o personajes considerados, con o sin razón, como poco serios. Es el caso de Venegas, Palacios y Pinochet.

Quizá este grupo de chilenos que denuncian, en su época, la crisis del país, pueda ser comparado, de manera muy general (desde luego, porque no se trata de literatos), con la generación del noventa y ocho en España. Los unió el dolor, la percepción emotiva de la enfermedad social que aquejaba a la patria, el sentimiento de impotencia frente a un momento histórico negativo; pero ningún elemento objetivo común, excepto el afán de denunciar el mal y la intención de buscar una fórmula para superarlo.

Hubo ricos y pobres, personas observantes y agnósticas, conservadores y progresistas. Pero no corruptos, oportunistas, caudillejos, políticos o no, profesionales del arribismo social y económico. Algunos eran señores por tradición (aunque reciente), como Alberto Edwards, Guillermo Subercaseaux o Agustín Ross. Otros eran genuinos, pero orgullosos y valientes hombres de clase media, como Alejandro Venegas, Tancredo Pinochet y, quizás, el

mismo Francisco Antonio Encina (el "huaso Encina", como lo llama Ricardo Donoso, él sí un aristócrata de Talca), Recabarren era de origen artesanal.

Pero volvamos al tema de la disgregación en la definición de la crisis que denunciaban. Creo que esto puede explicarse porque el concepto de crisis histórica es ambiguo.

La idea de crisis referida a la historia es utilizada ampliamente en el lenguaje diario; pero ni en historiografía, ni en filosofía de la historia, ni en ciencias sociales (y tampoco naturales), existe una definición precisa, ampliamente aceptada, de lo que significa crisis; aunque es efectivo que historiadores, científicos sociales, filósofos, científicos y ensayistas, en general, han utilizado el término crisis para calificar una serie de situaciones que aparecen como anormales, extremas, épocas de cambios dolorosos, de alteración brusca social o cultural. En fin como una anomalía grave experimentada por un sistema social cualquiera.

Sin embargo algunas cosas están claras. Por vago que pueda ser, el concepto de crisis es relativamente moderno; es cierto que en el Mundo Antiguo, se concibió la existencia de épocas de grandes y graves problemas los que, en la idea de la filosofía de la historia propia del Mundo Antiguo, correspondían al momento negativo de los ciclos que conformaban la historia<sup>2</sup>. Pero el concepto, aun en su imprecisión contemporánea, no llegó a configurarse. Esto a pesar de que la palabra crisis viene del griego antiguo (*krinein*), idioma en el que significa "decisión", vocablo a su vez enraizado en otro que significa "separar, decidir, juzgar".

El concepto moderno crisis (como tantos otros) nació con la Revolución Francesa. En concreto fue Saint-Simon quien, en la *Introducción a los trabajos científicos del siglo XX* (1807), se refirió a la existencia de épocas críticas en oposición a las orgánicas que se caracterizarían por descansar sobre un sistema de creencias bien establecido, viéndose limitadas, sin embargo, también por este. Una época crítica se iniciaría por una alteración de ese sistema de creencias. Augusto Comte recogió las ideas de Saint-Simon en su *Discurso sobre el método positivo* y por esta vía, estas se vulgarizaron hasta el punto de que la idea de crisis, trascendiendo con mucho el campo de lo histórico y lo social, ha llegado a emplearse de manera amplia y múltiple. Hoy la única ciencia social que tiene un concepto definido y aceptado de crisis es la economía. Para esta disciplina crisis significa pánico financiero acompañado de depresión y convulsiones en el mercado y el aparato productivo en general. Está claro que esta crisis no corresponde a la crisis histórica que nos interesa, (aunque pueda llegar a precipitarla).

Por lo que respecta al lenguaje utilizado comúnmente, se usa, por analogía, la idea de crisis propia de una ciencia no social: la medicina. Es así que el Diccionario de la Real

<sup>2</sup> Cfr. Tucídides: *La guerra del Peloponeso*, libro I y II; Polibio: *Historia Universal*, libro VI N°s. 1, 2, 3, 4.

Academia Española de la Lengua, define crisis como: “mutación considerable que acaece en una enfermedad, ya sea para mejorarse, ya sea agravarse el enfermo” y agrega “por extensión, momento decisivo de un negocio grave y de consecuencias importantes”, enfatizando que crisis es sinónimo de decisión<sup>3</sup>.

El *Diccionario Enciclopédico Espasa-Calpe*, acepta la definición de la Real Academia. La *Enciclopedia Británica*, reduce el concepto a la definición propia de la economía, asimilándola a pánico o período de convulsiones<sup>4</sup>.

Pero dejemos a un lado las enciclopedias y diccionarios y concentrémonos en las definiciones más elaboradas que algunos autores han hecho de crisis histórica. De definir el fenómeno de la crisis histórica, tal como nos interesa, se han preocupado fundamentalmente tres áreas disciplinarias: la filosofía (de la historia); la historiografía (incluyendo el ensayo histórico) y las ciencias sociales. Casi de más está decir que en estos tres vastos campos de definiciones, estas se multiplican. Vamos por parte.

La filosofía de la historia, en general, ha utilizado el concepto de crisis asimilándolo al de decadencia. Claro está que me estoy refiriendo a la filosofía de la historia europea del último siglo, vale decir desde que existe el concepto crisis. El primero en asimilar ambos conceptos, por lo menos de manera relativa, fue Jacob Burckhardt<sup>5</sup>. Pero fue Oswald Spengler, la principal figura que proclama la crisis de su época (post Primera Guerra Mundial) como episodio final de la decadencia de Occidente. Verdadero campeón de la tesis del fatal fin de la cultura europea<sup>6</sup>.

Ahora bien, esta asimilación que se hace entre los conceptos de crisis y decadencia, tiene ciertamente algún fundamento aunque - como se ha encargado de mostrarlo Arnold Toynbee - una crisis no significa necesariamente una decadencia. Las decadencias pueden ser el resultado de una serie de crisis consecutivas no superadas o superadas parcialmente.

A mí me parece que lo más cercano a la objetividad en la tipificación de la relación crisis-decadencia es lo expuesto por Toynbee en el *Estudio de la Historia*. Cree el pensador británico que una sociedad puede dar un salto adelante en su desenvolvimiento histórico cultural en la medida que afronte y supere una crisis (desafío) en tanto que puede (y suele) entrar en decadencia, de no superarlo. Cierto es, por otra parte, que el concepto de desafío que maneja el

<sup>3</sup> *Diccionario de la lengua castellana*, Ed. por la Real Academia de la Lengua Española. 18 E. Madrid 1956, p. 383.

<sup>4</sup> *Enciclopedia Británica*. T. III, p. 244, 15 Edición.

<sup>5</sup> Cfr. Jacob Burckhardt: *Reflexiones sobre la historia universal*, F.C.E. México, 1961, p. 220 y ss. Hay otros pasajes del libro de Burckhardt en que la asimilación resulta igualmente explícita.

<sup>6</sup> Cfr. Oswald Spengler: *La decadencia de Occidente*, Espasa-Calpe.

pensador inglés no sólo incluye problemas que se presentan en una sociedad ya establecida, sino también situaciones de desafío “originales”, como factores climáticos, geográficos, etc. Pero, en lo fundamental, se trata de obstáculos para la supervivencia del cuerpo social, de los cuales puede salir más fortalecido, más débil, o eventualmente sucumbir.

Pero si Toynbee es quien me parece más convincente en la diferenciación que hace entre crisis y decadencia, hay que decir que no es el único. El propio Marx distingue crisis y decadencia. Para Marx las crisis que experimentan los sistemas sociales se generan a raíz de tensiones surgidas entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, choque que ha concluido invariablemente con la modificación de estas últimas. *Se abre así una época de revolución social*<sup>7</sup>, dice. Es así que para Marx la crisis marca la decadencia de un determinado sistema social, pero también constituye un paso adelante fruto de un enfrentamiento entre fuerzas sociales hacia el fin de la historia y el advenimiento de la Utopía.

Otro aporte, menos rico que los anteriores, pero muy sugerente en su contexto para la distinción entre crisis y decadencia, nos lo entrega Karl Jaspers respecto de la transformación radical del hombre fruto de un cambio súbito. Esta “crisis para mejor”<sup>8</sup>, connota pues un rompimiento de la regularidad histórica pero en el sentido opuesto a una decadencia.

No obstante, por sugerentes que puedan ser los aportes de la filosofía de la historia a la configuración del concepto de crisis, no nos entrega claridad definitiva al respecto. Ya hemos visto que ni siquiera suele distinguirse entre decadencia y crisis.

La historiografía y el ensayo histórico también usan la idea de crisis profusamente. Más aún, los períodos que se califican “de crisis” son el objeto de estudio de una proporción importante de la totalidad de la literatura historiográfica (guerras, revoluciones, etc.). Sin embargo, en estas disciplinas el concepto adquiere connotaciones aún más ambiguas que en la filosofía de la historia. Es así que frecuentemente se use dándole una connotación moral. Se dice, por ejemplo, que la llamada *belle époque* representó la crisis del mundo burgués -y en este caso nuevamente podríamos asimilar crisis con decadencia- pero en la dimensión ética de la palabra. Se usa también en el sentido de obsolescencia; se habla de instituciones en crisis tratando de decir que están anticuadas, que no responden a lo que se exige de ellas o al sentido que tuvieron en algún momento. Se habla de crisis por “crisis de Gabinete”, la que tiene un significado muy preciso ya anotado. En fin, la palabra es usada generalmente para calificar toda conmoción económica, social, política o bélica.

<sup>7</sup> Karl Marx: *Introducción a la crítica de la economía política*, citado por Marta Harnecker en *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, Ed. Siglo XXI, 1977, p. 156.

<sup>8</sup> Cfr. Karl Jaspers: *Origen y meta de la historia*, Alianza Editorial, Madrid 1980 p. 29 y ss.

Con todo, más que entre los historiadores, por lo general, poco preocupados del aparato conceptual que emplean, entre los ensayistas históricos encontramos algunas opiniones interesantes. Otros dan el concepto por definido. Vgr.: E. H. Carr, en su magnífico estudio *The Twenty Years Crisis, 1919-1939*<sup>9</sup>, no se molesta en definir crisis, aunque su tema sea precisamente la relación entre una utopía intentada y la realidad en perpetuo desequilibrio que la desmentía.

Pero, en definitiva, se puede decir que no existe verdaderamente un concepto de crisis ampliamente aceptado entre los ensayistas históricos.

Son en verdad los científicos sociales quienes se han preocupado de manera más sistemática de la crisis histórica, aunque desde perspectivas y en función de objetivos muy heterogéneos. Entre los que hemos consultado, varios se refieren al problema de manera más o menos analítica, entre ellos: Karl Mannheim; Ralf Dahrendorf; Hanna Arendt; Jean Baechler; Crane Brinton; Chalmers Johnson; A. J. Wiener y H. Kahn; David Easton y otros. Entre estos autores algunos incluso han intentado definiciones, tipo ideales o modelos, y, en este sentido, su aporte metódico resulta considerable. Pero, aun así, tampoco se cuenta en ciencias sociales con una definición ampliamente aceptada de lo que es crisis histórica.

En definitiva la palabra "crisis" parece ser un concepto vulgar que aspira a alcanzar significado científico. Pero todavía queda, para terminar estas palabras, una pregunta fundamental: ¿existen o existirán los ensayistas de la crisis para el Bicentenario, dirán que nuestra realidad tiene muchos puntos extremadamente negativos? Creo que los habrá.

---

<sup>9</sup> E. H. Carr: *The Twenty Years Crisis*, Harper Tarchbooks.